

Éxodo y barbarie

LUIS MEANA

El estado normal de la atmósfera es la turbulencia", dice el último libro de Enzensberger, *Die grosse wanderung* (*La gran migración*, Suhr Kamp). Propiamente 33 apuntes dedicados a un viejo y nuevo problema: las migraciones. A pesar de sus poco más de 70 páginas, sigue a rajatabla la *dieta* Enzensberger: coger un tema de la actualidad pública, ponerlo al trasluz comparativo de la historia, meterle luego el propio angular, lo que significa, brillo ensayístico, fina ironía, revelación de las contradicciones cínicas del *establishment*, defensa moral en el sentido más egregio del término.

El propósito de Enzensberger es hacer una pequeña y modesta contribución a una *economía política de las migraciones*. Lo que es verdad de la atmósfera física, lo es aún más de la demográfica: la turbulencia como estado natural. Porque en el origen de la humanidad está ya el conflicto territorial: Caín-Abel. Y por constantes antropológicas: el sedentarismo no es un rasgo natural humano y el odio al extraño es una constante antropológica previa a cualquier socialización.

Tras toda migración hay una promisión: nadie emigra sin prometerse un mundo nuevo. La emigración moderna se caracteriza, frente a la tradicional, por un nuevo mecanismo: la *imagen*, que llega a todas partes y sustituye a las narraciones mágicas. La diferencia fundamental es, sin embargo, otra introducida por el capitalismo: el mercado universal.

Lo característico de la actualidad es una muy particular aberración: lo que Enzensberger denomina *bulimia demográfica*. Es decir, el miedo a que, en un mismo territorio, pueda haber demasiada gente y demasiada poca. O dos fantasmas en un solo cerebro: la aseveración "los alemanes [italianos, franceses...] se mueren" —por envejecimiento, despoblamiento...— y la afirmación "el bote está lleno". En esta lógica tan particular, los media juegan un papel relevante en el calentamiento psicológico de la población. Y parece, además, que los verdaderos *boat people* no son los que ocupan las pateras sino los europeos, que viven en la alucinación de ser ellos los que están en peligro.

La explicación para ese estado de pánico no puede estar en las cifras, sino en otras variantes. O bien en un problema estructural, la relación inmigración-paro; o en características del estado de bienestar: allí donde las posesiones individuales y colectivas son sagradas, la solidaridad con los extraños tenderá a ser pequeña. O en otros más profundos: el "estado de difusa guerra civil universal" en el que estamos.

Esa modesta economía de las migraciones culmina en un ataque a las muy particulares mentiras alemanas: no sólo a la revisión ridiculizadora de las tradicionales; sino, sobre todo, a las modernas: "Quien no se gusta a sí mismo", o sea los alemanes para Enzensberger, "tendrá más dificultades que el resto con el amor al más extraño".

Como resumen, palabras del mismo Enzensberger: "Cuanto más violentamente se defiende una civilización contra una amenaza externa, tanto menos le va quedando digno de defender. Por lo que respecta a los bárbaros, no necesitamos esperar que aparezcan ante nuestras puertas. Están ya dentro".



Hans Magnus Enzensberger.

mensaje de odio resultó más eficaz que la invitación a la adoración.

Todos sabemos que la contraposición absoluta genera similitudes curiosas. La saga de la izquierda y de la derecha militantes, una fábula de dos siglos, está llena de imitaciones mutuas e imágenes especulares. El mayor triunfo de la disidencia del Este europeo quizá sea el haber acabado con esa tradición. En lugar de responder de la misma manera a la efusión del espíritu de venganza del enemigo, la mayor parte de los disidentes adoptaron un tono de voz inauditamente civilizado. Es verdad que hubo algunas excepciones a esa regla. Intelectuales como Rasputin en Rusia, Csoori en Hungría, Ziedonis en Letonia, Gamsajurdia en Georgia, contrajeron una gran dosis de la paranoia de sus enemigos mortales y algunos de sus pronunciamientos les reportan un puesto de honor en nuestra imaginaria antología del intelectual que trafica con odio.

Desde un punto de vista occidental, metropolitano, las líneas de Kleist, de Mayakovski y de todos sus seguidores pueden parecer infantiles, estafalarias. Sobre todo, parecen definitivamente superadas. La idea de que un poeta o un pensador puedan expresar los sentimientos profundos de millones y movilizar a partes relevantes de la población es, en nuestro contexto social, simplemente ridícula. Es verdad que hay unos pocos veteranos, que aspiran a este tipo de papel, que están todavía activos. Pero el resto de nosotros sabe que otros profesionales, más especializados, se ocupan de esa tarea. (...)

Pero recordemos que todo esto es cierto solamente de nuestra parte del mundo. En otros lugares, hay sitio suficiente para el intelectual que trafica con odio. La necesidad se siente allí donde una tribu o credo se siente derrotado, herido, humillado e incapaz de expresar sus quejas. Esos colectivos resentidos proporcionan una caja de resonancia ideal para el vate o profeta que espera entre bastidores. Desde los Balcanes hasta el Cáucaso, desde el Magreb al Cabo, desde el Oeste Medio hasta el subcontinente indio, las perspectivas para este tipo particular de intelectual nunca han sido más grandes, y sería ciertamente precipitado creer que el mundo se ha librado de él.

Traducción: Luis Meana.

moción ocuparon su lugar. La mayoría de nosotros crecimos en un mundo ideológicamente bien ordenado, en el que matar a gente por motivos nacionales o raciales era considerado como un hábito derechista, mientras que la izquierda mataba por el bien de la clase. De hecho, las cosas no fueron tan simples como eso. Las raíces históricas, tanto de la locura nacionalista como del odio de clase, se encuentran en la Revolución Francesa (...). Hace algún tiempo, algunos franceses echaron un vistazo al más famoso poema producido por la gloria de la revolución. Para su consternación se dieron cuenta de que *La Marsellesa*, una obra de Rouget de Lisle, fue una cosa más bien espeluznante. (...) Una canción que permitía matar, ¿era un himno nacional apropiado? ¿Debería ser editado el texto o retocado para evitar más perturbaciones? Al final, la discusión no llegó a nada, quizá porque casi nadie en Francia, o en otros países, recuerda más de la primera línea de su respectivo himno nacional.

No está claro dónde hallan los profetas y vates del odio un campo de acción más reconfortante, si en la izquierda o en la derecha del espectro político. El comunismo soviético tuvo, ciertamente, un atractivo enorme para los intelectuales del Este y del Oeste, lo que difícilmente puede explicarse por el encanto de la teoría marxista. Lo que cautivó a tantas mentes fue más bien el sentido del drama, una ráfaga de emociones fuertes. (...)

En un texto como los *150 millones*, de Mayakovski, lo que oímos no es la voz de un individuo, sino de un monstruo colectivo todopoderoso. El poeta adopta el papel de un líder de un *ring*. Está implicada, claramente, una fantasía de omnipotencia. De ser un marginado, una figura marginal, el poeta se aupó, casi de golpe, a una posición de poder. Al menos en su propia opinión, en sus manos está el decidir quién va a morir y quién vivirá. Este súbito cambio de suerte tiene, sin embargo, una segunda cara. Los defensores más voceros del odio han sido, habitualmente, a la vez, grandes expertos en la adulación. Cuatro años después de *150 millones*, Mayakovski publicó otra oda dedicada exclusivamente al culto de Lenin. Parece como si agresividad y servilismo fueran, en esta forma de disposición, de la mano. La lista de los autores que crearon odas a Lenin e himnos a Stalin es impresionante, e incluso los intelectuales que no fueron capaces de competir con ellos en términos líricos hicieron todo lo posible por emularlos en prosa. Hay dudas sobre el impacto que tuvieron esos esfuerzos en sus audiencias. En general, creo que el

Los defensores más voceros del odio han sido, habitualmente, a la vez, grandes expertos en la adulación

de tenis, los arquitectos y los matemáticos. ¿Por qué el portavoz intelectual habría de ser inmune a esa tentación? En cierto sentido, una inclinación a la transgresión es intrínseca a sus obras. Tal y como es la sensibilidad moderna, un intelectual que rehúya ir más allá de los límites de la experiencia ordinaria, común, no puede esperar que se le preste atención. Finalmente, incitar es simplemente más excitante que pacificar. Quizá nadie sea más propenso al exceso verbal que el Poeta, con P mayúscula, y el Pensador, con P mayúscula. En su línea de trabajo, la moderación, el compromiso y el sentido común no son opciones muy atractivas. No estoy sugiriendo que siguieron, ya de salida, una estrategia deliberada de violencia; ciertamente, en la mente de Kleist no entraba ninguna forma de cálculo. Verdaderamente, lo que aturde y desconcierta a la posteridad es, con frecuencia, la misma sinceridad del sentimiento. Sólo mucho después, cuando se institucionalizó la industria del odio, el oportunismo y la autopromo-

LOREDANO

ANTONIO ESPEJO